

confesor de este lugar a otro, lo que yo sentí muy mucho, porque pensé me había de tornar a ser ruin y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa; no sabía qué hacer de mí. Procuróme llevar una parienta mía a su casa, y yo procuré ir luego a procurar otro confesor en los de la Compañía.

6. Fue el Señor servido que comencé a tomar amistad con una señora viuda de mucha calidad y oración, que trataba con ellos mucho³. Hízome confesar a su confesor, y estuve en su casa muchos días; vivía cerca; yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que de sólo entender la santidad de su trato, era grande el provecho que mi alma sentía.

Este padre⁴ me comenzó a poner en más perfección. Decíame que para del todo contentar a Dios no había de dejar nada por hacer, también con harta maña y blandura, porque no estava aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía; aunque no ofendía a Dios con ellas, era mucha afición, y parecíame a mí era ingratitud dejarlas; y así le decía que, pues no ofendía a Dios, que por qué había de ser desagradecida. El me dijo que lo encomendase a Dios unos días y rezase el himno de «Veni Creator», porque me diese luz de cuál era lo mejor.

7. Haviendo estado un día mucho en oración y suplicando a el Señor me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súbito que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fue muy conocido.

Fue la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamientos. Entendí estas palabras: «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles»⁵. A mí me hizo mucho

espanto, porque el movimiento del ánima fue grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras, y así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que, en quitándoseme el temor que a mí parecer causó la novedad, me quedó.

8. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación ni amor particular, sino a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir, ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos ni amigos. Si no entiendo esto, u es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie. Esto es así, a todo mi parecer, sin ninguna falta.

9. Desde aquel día yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien había querido en aquel momento—que no me parece fue más—dejar otra a su sierva, así que no fue menester mandármelo más; que como me vía el confesor tan asida en esto, no había osado determinadamente decir que lo hiciese. Devía aguardar a que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello; porque ya yo mesma lo había procurado, y era tanta la pena que me dava, que como cosa que me parecía no era inconveniente, lo dejaba. Ya aquí me dio el Señor libertad y fuerza para ponerlo por obra. Así se lo dije a el confesor, y lo dejé todo conforme a como me lo mandó. Hizo harto provecho a quien yo trataba ver en mí esta determinación.

10. Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dio la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza que me costaba harto de mi salud. Como fue hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dio.

CAPITULO 25

EN QUE TRATA EL MODO Y MANERA COMO SE ENTIENDEN ESTAS HABLAS QUE HACE DIOS AL ALMA SIN OIRSE, Y DE ALGUNOS ENGAÑOS QUE PUEDE HAVER EN ELLO, Y EN QUÉ SE CONOCERÁ CUÁNDO LO ES. ES DE MUCHO PROVECHO PARA QUIEN SE VIERE EN ESTE GRADO DE ORACIÓN, PORQUE SE DECLARA MUY BIEN, Y DE HARTA DOCTRINA

1. Paréceme será bien declarar cómo es este hablar que hace Dios a el alma y lo que ella siente, para que vuestra merced lo entienda, porque desde esta vez que he dicho que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndense muy más claro que si se oyesen, y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos u advertir a otra cosa, de manera que, aunque se oya, no se entienda. En esta plática que hace Dios a el alma no hay remedio ninguno, sino que, aunque me pese, me hacen escuchar y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer; porque El que todo lo puede quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere y se muestra señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir—con el gran miedo que trafa—y ahora lo pruebo algunas veces, mas poco me aprovecha.

2. Yo querría declarar los engaños que puede haver aquí, aunque a quien tiene mucha experiencia paréceme será poco u ninguno (mas ha de ser mucha la experiencia) y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno u cuando es malo, u cómo puede también ser aprehensión del mismo entendimiento—que podría acaecer—u hablar el mismo espíritu a sí mismo; esto no sé yo si puede ser, mas aun hoy me ha parecido que sí. Cuando es de Dios, tengo muy provado en muchas cosas que se me decían dos y tres años antes y todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira, y otras cosas adonde se ve claro ser espíritu de Dios, como después se dirá.

3. Paréceme a mí que podría una persona, estando encomendando una cosa a Dios con gran afecto y aprehensión, parecerle entiende alguna cosa, si se hará u no, y es muy posible; aunque a quien ha entendido de estotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia; y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo y que habla, que no es otra cosa sino ordenar uno la plática u escuchar lo que otro le dice, y verá el entendimiento que entonces no escucha, pues que obra, y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada y no con la claridad que estotras; y aquí está en nuestra mano divertirnos como callar cuando hablamos; en estotro no hay términos.

4. Y otra señal más que todas, que no hace operación, porque estotra que habla el Señor es palabras y obras, y aunque las palabras no sean de devoción, sino de reprehensión, a la primera disponen un alma, y la habilita, y enternece y da luz, y regala y quieta; y si estava con sequedad u alboroto y desasosiego de alma, como con la mano se le quita y aun mejor, que parece quiere el Señor se entienda que es poderoso y que sus palabras son obras.

5. Paréceme que hay la diferencia que si nosotros hablásemos u oyésemos, ni más ni menos; porque lo que hablo—como he dicho—voy ordenando con el entendimiento lo que digo; mas si me hablan, no hago más de oír sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa que no nos podemos bien determinar si es, como uno que está medio dormido; estotro es voz tan clara que no se pierde una sílaba de lo que se dice. Y acaece ser a tiempos que está el entendimiento y alma tan alborotada y distraída que no acertaría a concertar una buena razón, y halla guisadas grandes sentencias que le dicen, que ella

³ Doña Guiomar o Jerónima de Ulloa (v. T. y V., n.444ss).

⁴ Habla del P. Juan de Prádanos.

⁵ Sucedió esto en 1556 (v. T. y V., n.447).

—aun estando muy recogida—no pudiera alcanzar, y a la primera palabra —como digo—la mudan toda; en especial si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas, ¿cómo se entenderán cosas que no habían venido a la memoria aun antes?, ¿cómo vernán entonces, que no obra casi y la imaginación está como embovada?

6. Entiéndase que cuando se ven visiones u se entienden estas palabras, a mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mismo arrobamiento, que en este tiempo—como ya dejo declarado, creo en la segunda agua¹—del todo se pierden todas las potencias y, a mi parecer, allí ni se puede ver, ni entender ni oír. Está en otro poder toda, y en este tiempo, que es muy breve, no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo; porque quedan las potencias de manera que, aunque no están perdidas, casi nada obran, están como absortas y no hábiles para concertar razones; hay tantas para entender la diferencia que si una vez se engañase, no serán muchas.

Y digo que si es alma ejercitada y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningún efecto hace, ni el alma lo admite. Porque estotro —mal que nos pese y no se da crédito—antes se entiende que es devanear de el entendimiento, casi como no se haría caso de una persona que sabéis tiene frenesí; estotro es como si oyésemos a una persona muy santa u letrada y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir. Y aun es baja comparación, porque train algunas veces una majestad consigo estas palabras, que sin acordarnos quién las dicen, si son de reprensión hacen temblar; y si son de amor, hacen deshacerse en amar, y son cosas, como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes que era menester mucho tiempo para haverlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros.

7. Así que en esto no hay que me detener, que por maravilla me parece puede haver engaño en persona ejercitada, si ella mesma de advertencia no se quiere engañar.

Acaécidome ha muchas veces, si tengo alguna duda, no creer lo que me dicen, y pensar si se me antojó (esto después de pasado, que entonces es imposible), y verlo cumplido desde ha mucho tiempo; porque hace el Señor que quede en la memoria, que no se puede olvidar, y lo que es del entendimiento es como primer movimiento del pensamiento que pasa y se olvida. Estotro es como obra que, aunque se olvide algo y pase tiempo, no tan del todo que se pierda la memoria de que —en fin—se dijo, salvo si no ha mucho tiempo, u son palabras de favor u doctrina; mas de profecía no hay olvidarse, a mi parecer, al menos a mí, aunque tengo poca memoria.

8. Y torno a decir que me parece, si un alma no fuese tan desalmada que lo quiera fingir—que sería harto mal—y decir que lo entiende no siendo así; mas dejar de ver claro que ella lo ordena y lo parla entre sí pareceme no lleve camino, si ha entendido el espíritu de Dios; que si no, toda su vida podrá estarse en ese engaño y parecerle que entiende, aunque yo no sé cómo; u esta alma lo quiere entender u no: si se está deshaciendo de lo que entiende y en ninguna manera querría entender nada por mil temores y otras muchas causas que hay para tener deseo de estar quieto en su oración sin estas cosas, ¿cómo da tanto espacio a el entendimiento que ordene razones?; tiempo es menester para esto; acá, sin perder ninguna, quedamos enseñadas y se entienden cosas que parece era menester un mes para ordenarlas, y el mesmo entendimiento y alma quedan espantadas de algunas cosas que se entienden.

9. Esto es así, y quien tuviere experiencia verá que es a el pie de la letra todo lo que he dicho. Alabo a Dios porque lo he sabido así decir. Y acabo con que me parece, siendo del entendimiento, cuando lo quisiésemos lo podríamos entender, y cada vez que tene-

mos oración nos podría parecer entendemos; mas en estotro no es así, sino que estaré muchos días que, aunque quiera entender algo, es imposible, y cuando otras veces no quiero, como he dicho, lo tengo de entender.

Paréceme que quien quisiese engañar a los otros diciendo que entienden de Dios lo que es de sí, que poco le cuesta decir que lo oye con los oídos corporales; y es así cierto con verdad, que jamás pensé había otra manera de oír ni entender hasta que lo vi por mí, y así, como he dicho, me cuesta harto trabajo.

10. Cuando es demonio, no sólo no deja buenos efectos, mas déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos o tres veces, y he sido luego avisada del Señor cómo era demonio. Dejado la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma a manera de otras muchas veces que ha primitido el Señor que tenga grandes tentaciones y trabajos de alma de diferentes maneras, y aunque me atormente hartas veces, como adelante diré, es una inquietud que no se sabe entender de dónde viene, sino que parece resiste el alma, y se alborota y aflige sin saber de qué, porque lo que él dice no es malo, sino bueno. Pienso si siente un espíritu a otro. El gusto y deleite que él da, a mi parecer, es diferente en gran manera; podía él engañar con estos gustos a quien no tuviere u huviere tenido otros de Dios.

11. De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta; que unas devocioncitas de el alma, de lágrimas y otros sentimientos pequeños—que al primer airecito de persecución se pierden estas florecitas—no las llamo devociones, aunque son buenos principios y santos sentimientos, mas no para determinar estos efectos de buen espíritu u malo. Y así es bien andar siempre con gran aviso, porque cuando a personas que no están más adelante en la oración que hasta esto, fácilmente podrían ser engañados si tuviesen visiones u revelaciones. Yo nunca tuve cosas de estas postreras hasta haverme Dios dado por sólo su bondad oración de unión, si no fue la pri-

mera vez que dije, que ha muchos años que vi a Cristo², que plugiera a Su Majestad entendiera yo era verdadera visión como después lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada y con gran desgusto.

12. Tengo por muy cierto que el demonio no engañará—ni lo primitir Dios—a alma que de ninguna cosa se fia de sí y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí que por un punto de ella morirá mil muertes. Y con este amor a la fe que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme a lo que tiene la Iglesia, preguntando a unos y a otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar—aunque viese abiertos los cielos—un punto de lo que tiene la Iglesia.

13. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto u detenerse en decir: pues si Dios me dice esto, también puede ser verdad como lo que decía a los santos, no digo que lo crea, sino que el demonio la comience a tentar por primer movimiento, que detenerse en ello ya se ve que es malísimo; mas aun los primeros movimientos muchas veces en este caso creo no vernán si el alma está en esto tan fuerte como la hace el Señor a quien da estas cosas, que le parece desmenuzarla los demonios sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña.

Digo que, si no viere en sí esta fortaleza grande y que ayude a ella la devoción u visión, que no la tenga por sigura; porque, aunque no se sienta luego el daño, poco a poco podría hacerse grande, que a lo que yo veo y sé de experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios que vaya conforme a la Sagrada Escritura; y como un tancico torciese de esto, mucha más firmeza sin comparación me parece tenía en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga. Porque entonces no es menester andar a buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo

¹ Es la cuarta, c. 20 n. 18.

² C. 7, 6.

el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería.

14. El caso es que cuando es demonio, parece que se esconden todos los bienes y huyen de el alma, según queda desabrida y alborotada y sin ningún efecto bueno; porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja es falsa, alborotada y sin suavidad. Páreceme que a quien tiene experiencia de el buen espíritu lo entenderá.

Con todo, puede hacer muchos embustes el demonio, y así no hay cosa en esto tan cierta que no lo sea más temer y ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado, y no le callar nada, y con esto ningún daño puede venir; aunque a mí hartos me han venido por estos temores demasiados que tienen algunas personas.

En especial me acaeció una vez que se habían juntado muchos a quien yo dava gran crédito—y era razón se le dijese—que, aunque yo ya no tratava sino con uno, y cuando él me lo mandava hablava a otros, unos con otros tratavan mucho de mi remedio, que me tenían mucho amor y temían no fuese engañada. Yo también traía grandísimo temor cuando no estava en la oración, que estando en ella y haciéndome el Señor alguna merced, luego me asegurava.

Creo eran cinco u seis, todos muy siervos de Dios, y díjome mi confesor que todos se determinavan en que era demonio, que no cumulgase tan a menudo y que procurase distraerme de suerte que no tuviese soledad.

Yo era temerosa en extremo, como he dicho; ayudávame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osava estar de día muchas veces. Yo, como vi que tantos lo afirmavan y yo no lo podía creer, diome grandísimo escrupulo, pareciendo poca humildad; porque todo eran más de buena vida sin comparación que yo y letrados, que por qué no los había de creer. Forzávame lo que podía para creerlos y pensava que mi ruín vida, y que conforme a esto devían de decir verdad.

15. Fúíme de la iglesia con esta

aflicción y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí. Unos me parecían burlaban de mí cuando de ello tratava, como que se me antojava; otros avisavan al confesor que se guardase de mí; otros decían que era claro demonio; sólo el confesor³ que, aunque conformava con ellos—por provarme, según después supe—, siempre me consolava y me decía que, aunque fuese demonio, no ofendiendo yo a Dios, no me podía hacer nada, que ello se me quitaría, que lo rogase mucho a Dios; y él y todas las personas que confesava lo hacían harto, y otras muchas, y yo toda mi oración y cuantos entendía eran siervos de Dios, porque Su Majestad me llevase por otro camino. Y esto me duró no sé si dos años que era contino pedirlo a el Señor.

16. A mí ningún consuelo me bastava cuando pensava que era posible que tantas veces me havia de hablar el demonio: porque de que no tomava horas de soledad para oración, en conversacion me hacía el Señor recoger y, sin poderlo yo escusar, me decía lo que era servido y aunque me pesava lo havia de oír.

17. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación y temor de si me havia de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí. En esta aflicción me vi algunas y muchas veces, aunque no me parece ninguna en tanto extremo. Estuve así cuatro u cinco horas que consuelo del cielo ni de la tierra no havia para mí, sino que me dejó el Señor padecer temiendo mil peligros.

¡Oh, Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero, y como poderoso, cuando queréis podéis, y nunca dejáis de querer si os quieren! ¡Alaben os todas las cosas, Señor del mundo! ¡Oh, quién diese voces por él para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis pa-

decer a quien os ama. ¡Oh, Señor mío, qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Oh, quién nunca se huviera detenido en amar a nadie sino a Vos! Parece, Señor, que prováis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mío, quién tuviere entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío, mas si Vos no me desamparáis, no os faltaré yo a Vos. Levántense contra mí todos los letrados, persiganme todas las cosas criadas, atormentenme los demonios, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia que sacáis a quien sólo en Vos confía.

18. Pues estando en esta gran fatiga (aun entonces no havia comenzado a tener ninguna visión) solas estas palabras bastavan para quitármela y quietarme del todo: «No hayas miedo, hija, que yo soy y no te desampararé, no temas».

Páreceme a mí, según estava, que era menester muchas horas para persuadirme a que me sosegase y que no bastara nadie.

19. Heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. ¡Oh, qué buen Dios! ¡Oh, qué buen Señor y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh, válame Dios, y cómo fortalece la fe y se aumenta el amor!

En así, cierto, que muchas veces me acordava de cuando el Señor mandó a los vientos que estuviesen quedos en la mar cuando se levantó la tempestad⁴, y así decía yo: ¿Quién es éste que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran oscuridad en un momento, y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves adonde parecía havia de haver mucho tiempo sequedad?; ¿quién pone estos deseos?; ¿quién da este ánimo?; que me acaeció pensar: ¿de qué temo?, ¿qué

es esto? Yo deseo servir a este Señor; no pretendo otra cosa sino contentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad, que de esto bien cierta estava, a mi parecer, que lo podía afirmar.

20. Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es y sé que lo es y que son sus esclavos los demonios—y de esto no hay que dudar, pues es fe—, siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí?, ¿por qué no he yo de tener fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomava una cruz en la mano y parecía verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me vi otra en un breve tiempo, que no temiera tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos; y así dije: ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

21. Es sin duda que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada y tan sin temor de todos ellos que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque, aunque algunas veces los vía, como diré después, no los he havido más casi miedo, antes me parecía ellos me le habían a mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Párecenme tan covardes que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza.

No saben estos enemigos derecho acometer, sino quien ven que se les rinde, u cuando lo primate Dios para más bien de sus siervos que los tienta y atormenten. Plugiese a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues es ello así; que espantados nos train estos demonios porque nos queremos nosotros espantar con otros asimientos de honras y haciendas y deleites; que entonces, juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mes-

³ P. Baltasar Alvarez.

⁴ Mt. 8,26.

mas armas les hacemos que peleen contra nosotros, puniendo en sus manos con las que nos hemos de defender.

Esta es la gran lástima; mas si todo lo aborrecemos por Dios y nos abrazamos con la cruz y tratamos servirle de verdad, huye él de estas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras y la misma mentira; no hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve escurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos; porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas que parecen las de este mundo cosa de juego de niños, ya él ve que éste es niño, pues trata como tal y atrévese a luchar con él una y muchas veces.

22. Plega a el Señor que no sea yo de éstos, sino que me favorezca Su

Majestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo a el revés, y juna higa para todos los demonios, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos: ¡demonio, demonio!, adonde podemos decir: ¡Dios, Dios!, y hacerle temblar. Sí, que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen a el demonio que a él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran travajo que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor que tan de veras me ha ayudado.

CAPITULO 26

PROSIGUE EN LA MESMA MATERIA. VA DECLARANDO Y DICRIENDO COSAS QUE LE HAN ACAECIDO QUE LA HACÍAN PERDER EL TEMOR Y AFIRMAR QUE ERA BUEN ESPÍRITU EL QUE LA HABLAVA.

1. Tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor este ánimo que me dio contra los demonios; porque andar un alma acovardada y temerosa de nada, sino de ofender a Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todopoderoso y tan gran Señor que todo lo puede y a todos sujeta. No hay que temer andando—como he dicho—en verdad delante de Su Majestad y con limpia conciencia; para esto, como he dicho querría yo todos los temores: para no ofender en un punto a quien en el mismo punto nos puede deshacer, que, contento Su Majestad, no hay quien sea contra nosotros que no lleve las manos en la cabeza.

Podráse decir que así es, mas que ¿quién será esta alma tan recta que del todo lo contente? y que por eso teme. No la mía, por cierto, que es muy miserable y sin provecho, y llena de mil miserias. Mas no escuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas; mas por grandes conjeturas siente el alma en sí si le ama de verdad;

porque las que llegan a este grado, no anda el amor disimulado como a los principios, sino con tan grandes ímpetus y deseo de ver a Dios, como después diré u queda ya dicho¹; todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, si no es con Dios u por Dios. No hay descanso que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso, y así es cosa muy clara que, como digo, no pasa en disimulación.

2. Acaeciome otras veces verme con tan grandes tribulaciones y mormuraciones—sobre cierto negocio que después diré—de casi todo el lugar adonde estoy y de mi Orden, y afligida con muchas ocasiones que había para inquietarme y decirme el Señor: «¿De qué temes?, ¿no sabes que soy todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido» (y así se cumplió bien después), y quedar luego con una fortaleza que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos para servirle y me pusiera de nuevo a padecer.

Es esto tantas veces que no lo podría

yo contar; muchas las que me hacía reprehensiones y hace cuando hago imperfecciones, que bastan a deshacer un alma; al menos train consigo el enmendarse, porque Su Majestad—como he dicho—da el consejo y el remedio; otras traerme a la memoria mis pecados pasados, en especial cuando el Señor me quiere hacer alguna señalada merced, que parece ya se ve el alma en el verdadero juicio, porque le representan la verdad con conocimiento claro, que no sabe adónde se meter; otras avisarme de algunos peligros míos y de otras personas, cosas por venir, tres u cuatro años antes, muchas, y todas se han cumplido; algunas podía ser señalar. Así que hay tantas cosas para entender que es Dios, que no se puede ignorar, a mi parecer.

3. Lo más seguro es (yo así lo hago y sin esto no tenía sosiego, ni es bien que mujeres le tengamos pues no tenemos letras), y aquí no puede haver daño, sino muchos provechos, como muchas veces me ha dicho el Señor, que no deje de comunicar toda mi alma y las mercedes que el Señor me hace, con el confesor, y que sea letrado y que le obedezca. Esto muchas veces. Tenía yo un confesor² que me mortificava mucho, y algunas veces me afligía y dava gran travajo, porque me inquietava mucho, y era el que más me aprovechó, a lo que me parece; y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle y parecíame me estorbaban aquellas penas que me dava de la oración. Cada vez que estava determinada a esto, entendía luego que no lo hiciese y una reprehensión que me deshacía más que cuanto el confesor hacía. Algunas veces me fatigaba: cuestión por un cabo y reprehensión por otro, y todo lo había menester, según tenía poco doblada la voluntad. Díjome una vez que no era obedecer si no estava determinada a padecer, que pudiese los ojos en lo que El había padecido y todo se me haría fácil.

4. Aconsejome una vez un confesor que a los principios me había confesado

que, ya que estava provado ser buen espíritu, que callase y no diese ya parte a nadie, porque mejor era ya estas cosas callarlas. A mí no me pareció mal, porque yo sentía tanto cada vez que las decía al confesor y era tanta mi afrenta, que mucho más que confesar pecados graves lo sentía algunas veces; en especial si eran las mercedes grandes, parecíame no me habían de creer y que burlaban de mí. Sentía yo tanto esto que me parecíame era desacato a las maravillas de Dios, que por esto quisiera callar. Entendí entonces que había sido muy mal aconsejada de aquel confesor, que en ninguna manera callase cosa al que me confesava, porque en esto había gran seguridad, y haciendo lo contrario podría ser engañarme alguna vez.

5. Siempre que el Señor me mandava una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornava el mismo Señor a decir que le obedeciese; después Su Majestad le volvía para que me lo tornase a mandar.

6. Cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyese³, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya por dejarlos en latín, me dijo el Señor: «No tengas pena, que yo te daré libro vivo». Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aun no tenía visiones; después desde a bien poco días lo entendí muy bien, porque he tenido tanto en qué pensar y recogerme en lo que vía presente y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca u casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar! ¿Quién ve a el Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abraza y las ame y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da a los que le sirven, que no conozca es todo nonada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos?

² P. Baltasar Alvarez.

³ Se refiere al *Índice de libros prohibidos* publicado en 1559 por el inquisidor general D. Fernando de Valdés.